

tras éstas, dentro del bosque, iban flanqueando al enemigo.

La división Liceaga se concentró sobre el parque general. No ocupando el enemigo la posición de Cerro Gordo, las caballerías de la Coalición avanzaron el flanco derecho.

El enemigo se detuvo frente a Salamanca y allí desplegó Miramón en batalla, dirigiendo las baterías sobre Cerro Gordo.

Después de un vivo cañoneo, las caballerías de la Coalición se replegaron a Salamanca, y el ejército se puso en expectativa sobre las operaciones del enemigo.

Parrodi no queriendo perder el campo donde había llamado a sus contrarios, esperó a pie firme.

Jugó la artillería toda la tarde sin que se observase movimiento alguno en el ejército de la reacción.

En la madrugada del día 10, Osollo se dirigió sobre Cerro Gordo, ordenando a Miramón y Mejía, que al observar el empuje de la segunda división, entraran en combate.

En la llanura que media entre aquella posición y Salamanca, desplegó en batalla la segunda división.

Las caballerías de la plaza tomaron orden de batalla al frente del enemigo, que se extendió a la izquierda sobre una mancha del monte.

Al abrirse el fuego, el coronel Calderón lanzó sus fuerzas sobre la línea con tal ímpetu, que desconcertó por completo al enemigo.

Entonces toda la artillería concentrada hizo fuego a metralla sobre la caballería, que peleaba tan bravamente.

Una bala rompió el valiente pecho del coronel Calderón, que era el alma de aquella carga.

Un torrente de sangre se desbordó, y el coronel cayó exánime entre el polvo de aquella lid tan encarnizada.

La batalla se hizo general, pero los dragones viendo muerto a su coronel y arrollados por el fuego mortífero de los cañones, se replegaron en desorden sobre la línea de combate y la descompusieron.

La reacción aprovechó el momento, y la tercera división cargó con ímpetu desesperado, arrollando la primera división de la plaza, que abandonó la artillería y se puso en dispersión.

Entonces el general Parrodi viéndose perdido, ordenó la retirada, que se verificó en tal orden como no se esperaba, y tomó con una división el camino, rumbo a Jalisco.

Doblado, conservando intactas sus fuerzas, se salió del campo en un movimiento perfectamente estratégico, por el camino de Guanajuato, en tanto que otras fuerzas llevaban rumbo a Michoacán.

La derrota del ejército liberal fué más bien una segregación frente al enemigo, resultado de las mutuas desconfianzas que entre los jefes reinaban, y la conducta equívoca de Doblado.

El elemento militar simpatizaba con la reacción y no podía amalgamar con los soldados de Ayutla.

Era preciso deslindarse de una vez y recontar a los batalladores de la libertad.

Aquellas fuerzas que se dispersaban por distintos rumbos, pregonaban que la revolución pasaría como el huracán por todas las zonas de la República, que el país estaba incendiado, y que la lucha no tendría más término que el triunfo de la Constitución.

Doblado, siguiendo su idea de que era necesario acabar con todo para comenzar de nuevo, llegó a Romita, y desde allí capituló con el enemigo.

El general Osollo mandó recoger el cadáver del coronel Calderón, dispensándole toda la justicia al soldado muerto heroicamente en el campo de batalla, y le mandó dar sepultura con todos los honores de ordenanza.

CAPITULO III

SIGUE EL DESASTRE

I

Manuel y Armando fueron llamados como ayudantes por el coronel Calderón, en la víspera de la batalla.

—No nos separemos—decía Manuel—, defendámonos; porque la carga va a ser terrible.

—Estoy a tu lado—dijo Armando—; moriremos juntos.

—¿Quién piensa en eso?—exclamó Manuel.

—Es que tengo un mal presentimiento.

—No le hagas caso al corazón; siempre nos engaña—respondió Manuel.

—He tenido un sueño espantoso: veía salir un borbotón de sangre de mi pecho; junto a mí estaba Rosa.

—Sueños, y nada más que sueños—dijo Manuel—. Como ahora empiezas tu carrera de soldado, tus impresiones no pueden ser otras.

—Me tengo miedo—dijo Armando.

—Pues olvida; estamos bien despiertos; no es hora de soñar.

—Es que estoy viendo...

—¡Que calles, hombre!—interrumpió Manuel—Ten ánimo, serénate, que ya está el enemigo al frente.

Pisaban los corceles como si estuviesen impacientes de entrar a la batalla.

Sonó el clarín y al mismo tiempo la voz del coronel.

—¡Soldados, vais a luchar por la patria y por la libertad: no desmayéis en vuestro valor; cuento en el ímpetu con que siempre habéis peleado; aquí está nuestra bandera! ¡Viva la Constitución!

Arrojóse al frente de sus soldados y se envolvió con el enemigo en una nube de polvo y de muerte. Gritos, maldiciones,

ayes de dolor, todo se mezclaba al fuego de los tiros a quema ropa y al estruendo espantoso de la artillería. No podía distinguirse al vencido del vencedor.

Repentinamente se oyó un grito ronco y terrible.

Manuel tendió el brazo y sostuvo al coronel agonizante.

Corrió Armando en ayuda de Manuel, cuando una bala le atravesó el corazón, y se derrumbó del caballo azotando su cuerpo contra la arena.

Manuel lanzó un grito de dolor.

En aquellos momentos el combate era rudo. Manuel, a pie, sosteniendo el cadáver del coronel y con la espada en la mano, apenas podía luchar con los que le asediaban.

Abriéndose paso, montado en su brioso caballo, llegó Carlos, el alemán que en la víspera se había batido con Manuel, y tomándolo con su brazo por la cintura, con una fuerza de gigante, lo levantó en peso, y a todo escape lo sacó del campo de batalla.

—Ayer quería usted matarme, y hoy me salva la existencia—dijo Manuel casi sofocado por la presión y la carrera.

El alemán le estrechó la mano.

—Ahora—dijo Carlos—, aquí hay un caballo suelto. Vámonos, que ya todas las fuerzas van de retirada.

—Vámonos—dijo Manuel—. La caballería nos viene alcanzando.

Y a todo escape siguieron la marcha.

II

El cadáver del coronel, como hemos dicho, fué recogido por el enemigo.

Como la caballería pasaba a todo escape, pisotearon terriblemente el cadáver de Armando.

Llegaron las soldaderas y lo desnudaron.

Su cuerpo parecía de marfil; conservaba en su rostro una impresión de dolor inmenso.

La herida estaba abierta, la sangre estaba congelada.

Las manos sobre el pecho con los dedos crispados como si quisiera contener el torrente.

Sobre el pecho había un escapulario lleno de sangre, única prenda que no había sido robada.

Ya al pardear la tarde y cuando todo el ejército acampaba en la ciudad, cuando ya sólo los heridos arrastrándose y los muertos quedaban sobre el campo, salieron de Salamanca unas cuantas camillas que comenzaron aquel terrible acarreo de heridos.

El viento barría los papeles de los cartuchos que azotaban sobre la frente de los muertos.

Se oían profundos gemidos e imprecaciones.

Las soldaderas llevaban agua para calmar la sed devoradora de los heridos.

Junto a un soldado muerto jugaba una niña, metiendo los dedos en la herida del pecho, y los sacaba llenos de sangre.

La niña se refa.

Una mujer que estaba junto al cadáver sollozaba espantosamente, teniendo la cara cubierta con el rebozo.

—Quítese—le dijeron unos soldados—, que ya vamos a amontonar a los muertos.

La mujer se levantó, tomó a la niña en brazos, la tapó con un harapo, porque hacía mucho aire, y siguió a los camilleros, que iban cantando y diciendo bromas.

En una zanja echaron a los muertos, pisotearon y se marcharon silbando canciones populares.

Ya había anochecido; la luna alumbraba el campo de la catástrofe, con su misma luz, como la víspera, impassible y serena.

No habían podido sepultarse todos los muertos, ni llevarse a todos los heridos. Estos pasarían allí la noche, se morirían tal vez; nada importaba.

Había un mal servicio de hospital.

No se empleaban anestésicos y las operaciones se sufrían en entero juicio.

Muchos morían sólo del dolor.

Había allí un soldado con las piernas hechas trizas por una bala de cañón.

—¡Mátenme, por compasión!—gritaba—¡Mátenme!

Otro herido que estaba a su lado, cansado ya de esas lamentaciones, tomó una bayoneta que estaba tirada y arrastrándose penosamente llegó a donde estaba su compañero.

—¡Mátame, amigo!—gritó el soldado—¡Si al fin me he de morir!

El compañero, como quien cumple con un deber de caridad, le traspasó el corazón con la bayoneta.

—Ya dejó de padecer—murmuró.

Le registró las bolsas donde guardaba su sueldo de la mañana, le quitó un pañuelo que llevaba al cuello y se acostó tranquilamente junto a él, esperando el turno, para que lo llevaran al hospital.

III

Llegó al campo una mujer cubierta con un manto negro y provista de una linterna sorda.

Atravesaba entre los muertos y heridos, alumbrándoles el rostro y deteniéndose a reconocerlos.

La seguían unos hombres llevando una camilla.

Después de buscar con ahinco, tropezó con un cadáver.

Arrojó la luz sobre el muerto, y dijo:

—Aquí está.

Como el cuerpo estaba descubierto, sintió rubor, y dando

una sábana que llevaba bajo el manto, dijo a uno de los camilleros:

—Envuelva ese cadáver.

Los camilleros verificaron la operación, y lo echaron en la camilla.

—¡No con tanta brutalidad, animales!—exclamó la mujer.

—Si ya no siente—dijeron riéndose los hombres—; ya se atirantó.

—Es un oficial—dijo la señora.

—Eso es otra cosa.

—Ahora, síganme.

Los camilleros obedecieron.

Se entraron en la ciudad, y, en uno de los suburbios de Salamanca, y en una pequeña casa, dejaron el cadáver.

La señora le dió un duro a cada uno, y se marcharon.

Era Isabel, a quien una soldadera le dijo que allí estaba muerto un oficial decente; y dando las señas de Armando, creyó fielmente que era él, y se decidió a buscarle.

Luego que estuvo en la casa, lo lavó perfectamente, lo envolvió en la sábana, le encendió dos cirios y lo veló, esperando que amaneciera.

Salió temprano, compró un ataúd y encerró al muerto.

En seguida se dirigió al Cuartel General y preguntó por el general Osollo.

La introdujeron. El general estaba tomando una taza de café.

—¿Qué se ofrece, señora?—preguntó el general con esa llaneza de soldado.

—Deseaba—dijo Isabel—que me permitiera usted llevar el cadáver de Armando, un oficial que mataron ayer en la batalla.

—No, señora; ese cadáver nos pertenece y debe ser enterrado con todos.

—Ese es el favor.

—Pues no puedo hacerlo, y váyase usted de aquí, que tengo ocupaciones preferentes. ¡Demonio! ¡Cargar con un muerto hasta México!...

Entonces Isabel se tiró el velo hacia atrás, y le dijo:

—¿Me conoce usted, señor general?

—No conozco a usted, señora.

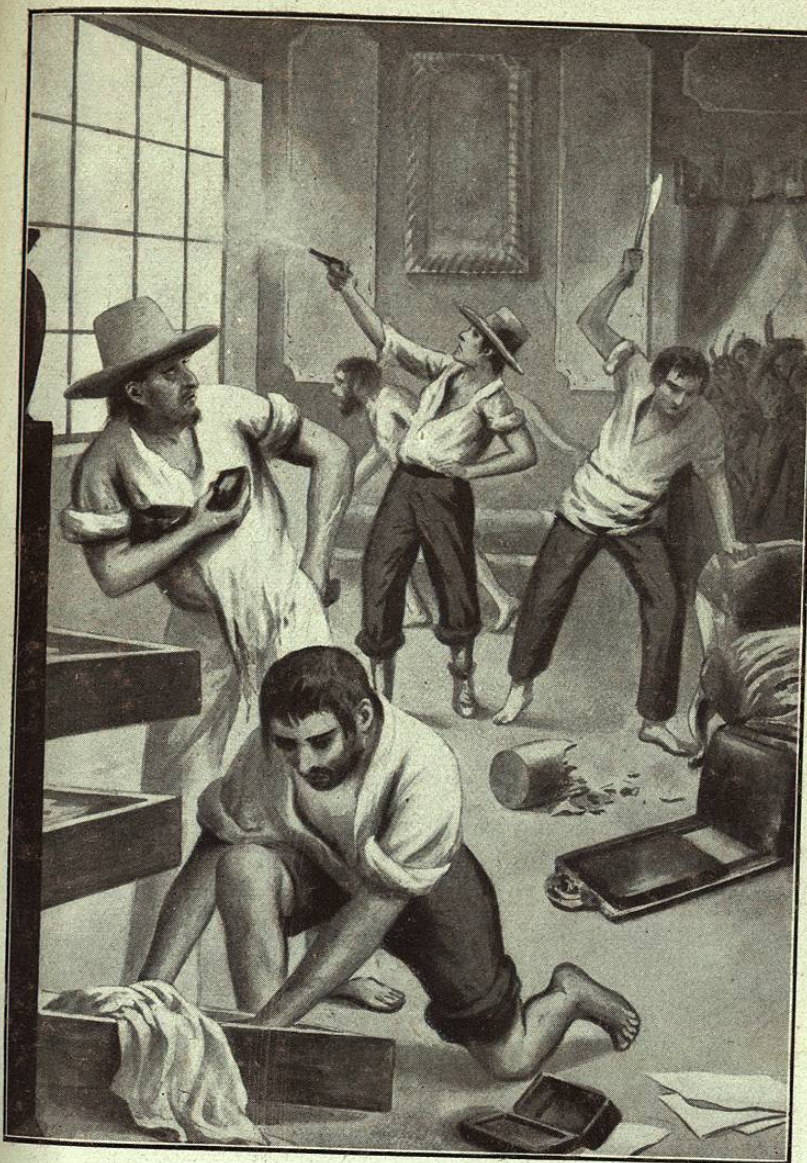
—Pronto se borran las fisonomías—dijo Isabel—. Hace un poco más de un año, cuando cayó usted herido en la Magdalena, yo lo levanté, como a este muchacho, yo estuve en la amputación de ese brazo, yo...

—¡Perdone usted mil veces!—gritó Osollo—Ya, ya la recuerdo a usted... Perdóneme.

—Me voy, señor general, nada pido.

Poniéndose el manto a la cabeza, salió del Cuartel General. Osollo tenía un gran corazón.

Diéronse las órdenes correspondientes para que se dejara



Aquel palacio tan suntuoso, fué saqueado por los presidiarios.

(Pág. 201)

libre el tránsito a aquel cortejo fúnebre; se previno que una escolta lo custodiara hasta la capital, y que no se permitiera hacer gasto alguno a la señora.

Envió una carta a Isabel, dándole amplias satisfacciones y rogándole que olvidara aquella ingratitud.

En la misma tarde, salió la querida de «Juan Gallinazo», rumbo a México, donde llegó después de seis días, con el cadáver en plena descomposición.

En la garita detuvieron el carro y la autoridad previno que se verificara en el acto la inhumación.

En un nicho del Panteón de San Fernando fué colocado el cadáver.

IV

Corrió Isabel a la casa de Rosa, a quien no le había participado su viaje a Salamanca.

Rosa estaba escribiendo a Armando y tenía delante una carta que acababa de recibir.

—¿Qué te pasa?—dijo Rosa, viendo entrar a la estanquillera.

—Nada; estoy alarmada, porque han venido muy malas noticias de la revolución.

Rosa se puso a temblar, no obstante su carácter varonil.

—Yo no sé—continuó Isabel—, pero corren rumores siniestros.

—¡Habla, por Dios!—gritó Rosa.

—Pues... el nombre de Armando corre de boca en boca.

—¿Y qué dicen?

—Que parece... que... lo han encontrado entre los muertos.

Rosa se llevó las manos a la cabeza y tiró de sus cabellos.

—¡Pero eso no puede ser!... No, si yo tengo carta del 8.

—¡Pero el 10 fué la batalla!

Rosa enmudeció, mordiéndose los labios hasta sangrarlos, y sus ojos se revolvían terribles en sus órbitas.

—¿Y cómo saber la verdad?

—Rosa, yo vengo del campo de Salamanca.

—¿Tú?... ¿Tú?... Luego es verdad...

—¡Sí, es verdad!... Yo le he recogido del suelo; sobre su cuello tenía este escapulario.

Isabel entregó a Rosa aquella prenda ensangrentada.

Rosa la tomó precipitadamente, la rasgó y exclamó desesperada:

—¡Sí, sí, era él; aquí está mi retrato!

Esa era la reliquia que el oficial llevaba al cuello, y que no había podido preservarlo de la muerte.

—Pero yo le he recogido—dijo Isabel—, y hoy mismo le he sepultado en San Fernando.

Rosa tendió la mano a su amiga.